

## LA HABITACIÓN DEL POETA

Prosa

El disparo  
Una pantomima

Personajes:

Monsieur, un anciano

Madame, su joven esposa

Charles, un bruto, amante de la joven

Un salón, tenue y mortecinamente iluminado por velas

Monsieur, Madame y Charles están sentados alrededor de una pequeña y delicada mesa, en unas mecedoras. Sobre la mesita están la tetera, las tacitas, las cajetillas de cigarrillos y una pistola. Monsieur está absorto. Sentado, medita totalmente inmóvil. De hecho, no mira qué hacen los otros dos, que parecen pasarlo muy bien a escondidas; no los mira, digo, aunque parece que está al tanto de todo cuanto ocurre a su alrededor. Con una sonrisa en los labios, Madame ofrece otro cigarrillo a Charles, que lo acepta devolviendo la sonrisa. Es como si las sonrisas de ambos se fundieran en un apasionado beso; por lo menos se prolongan y permanecen unidas durante un rato. ¿Que si lo advierte el anciano? El espectador debe tener la inquietante sensación de que lo advierte. Los pies y las rodillas de los enamorados, esto es, las rótulas y los pies de las rodillas tanto de Madame como de Charles –el bruto que,

a decir verdad, no tiene precisamente unos pies muy finos—, se entregan a un interesante juego al que se unen los ojos, que se encienden y se cierran. Uno tiene la impresión de que el viejo se da cuenta de todo. De pronto, se levanta con una rapidez que se diría impropia de un anciano, toma la pistola, hace como si sólo jugara con ella —le encantaría estar jugando, pues hace justo lo contrario— y baja suavemente el arma hacia la mesa, donde la deposita a la vez que ríe desmesuradamente (risas, pues, de todo el público). Los otros dos, que hasta ahora no habían advertido que tenían al viejo a sus espaldas, también se levantan; lo hacen con la mayor naturalidad posible, mientras parece, por un lado, que cuchichean a media voz, y, por otro, que intentan entablar una conversación con el anciano. Pero eso sólo es lo que parece. Que eso sólo es lo que parece y que por ello aumenta la tensión en el ambiente deben darlo a entender los ademanes, en cierto modo torpes, de todos los que participan en la escena. De repente, como presas de un terror instintivo, los dos amantes abandonan el escenario a toda prisa, entre carcajadas y gestos de burla, Madame tirando del brazo de su jovenzuelo. El anciano se queda solo.

La orquesta empieza a tocar. Es como una música melancólica que, a su manera, muestra los impulsos que van a la alegría y al olvido. Los últimos duran sin embargo un solo instante, como si languidecieran al poco de avivarse. El rostro y la actitud de Monsieur son la viva expresión de la música. El movimiento de la cabeza revela algún que otro suspiro, mientras que sus blancas y delicadas manos danzan como una risa desatada. Sus pies se mueven imperceptibles de aquí para allá. Dicho movimiento debe conducir a Monsieur hasta la cajetilla de cigarrillos. Enciende uno. Lo hace tembloroso, tras intentarlo dos, tres veces. Sonríe orgulloso y melancólico. Con la hermosa mano señala su pelo blanco, su rostro de anciano y luego... luego sus manos. En ese instante cesa la música. El último compás es un suspiro grotesco. Entonces, bailando y dando saltos, el viejo corre hacia los bastidores por los que habían desaparecido los

otros dos y levanta los puños en señal de amenaza; se pone alerta, como si viera a su enemigo tras el decorado, y se queda inmóvil para, acto seguido, volver a corretear por el escenario como un poseso. Este correteo es como el baile de un gato: sumamente ágil y hermoso, veloz y tierno, como el movimiento de las olas al romper y al encrespase. Baila y, mientras se olvida de sí mismo, entran a hurtadillas dos figuras recelosas, con una mezcla de insolencia y timidez, y señalan burlonas a quien danza, a quien vuela por el escenario. De pronto el viejo se detiene. Agudiza el oído. Es como si escuchara el malvado acecho del que es víctima. Abre la boca de par en par, como hace quien escucha. Entonces, como presa de un cansancio repentino y poco natural, se tumba cual animal zalamero en el diván que hay en la escena, sacude la cabeza y se sume en el sueño. Oímos su respiración. Los dos se inclinan sobre él entre gestos de burla, advierten que está durmiendo y prorrumpen en una carcajada sorda. Mientras ríen, la bailan. Es un baile lento, voluptuoso, descocado, aunque no indecente. Expresa entusiasmo, de ahí que no pueda ser malo contemplarlo, sino incluso agradable y hermoso. Se baila más con los labios, los ojos y las ventanas de la nariz que con los pies, los brazos o el cuerpo. Al menos es lo que parece. Hay algo de lascivia en esta danza, pero no es indecorosa. Finalmente, cuando parecen estar agotados, se abrazan efusivamente y se besan. Y se besan muchas, muchísimas veces. Cuando uno ve que se quieren y se acarician con tamaño entusiasmo, está obligado a perdonarles, puesto que es hermoso. Empieza la música: tímida, piano, piano. Es como si tratara de empezar, no como si empezara realmente. Monsieur despierta entre sonidos sumamente simples, agradables, como de aria. El viejo se frota los ojos, mira soñoliento a su alrededor, piensa, se levanta, hace ademán de sacudirse la flaqueza y el cansancio y se acerca a la pareja, que, una vez ha dejado de acariciarse, lo contempla con frialdad y semblante adusto. Madame ofrece a Monsieur su dulce mano cargada de perlas, que él, sumiso y postrándose a los pies de ella, se lleva a los labios. La mantiene así apretada largo tiempo

y no se cansa de acercarla una y otra vez, con fervor, a sus febriles labios. Madame se siente incómoda. Desde arriba, Charles mira con desdén al hombre postrado ahí abajo. Ahora se inicia una curiosa escena: el viejo, escrutando la actitud de los otros dos, se levanta lentamente, con cuidado, se dirige a paso lento hacia la mesa, coge la pistola y se la muestra al hombre joven con un gesto simple y noble. El joven ríe y se encoge de hombros. Madame se aparta, asqueada de la escena, con una sonrisa de desprecio. El anciano sigue mostrando y blandiendo la pistola. Charles escupe encima. Monsieur alza la vista y lo observa triste y compasivo, como si quisiera decirle: «Adiós, amigo. Ahora estás perdido. Pobre diablo». Impresionado por esos ojos que lo miran con tanta compasión, Charles pierde la calma, tiembla, se tambalea, le pide con un gesto un cigarrillo a Madame, lo enciende, lo tira y se queda quieto, apocado, sin saber qué hacer. Dice con las manos que quiere despedirse. Se vuelve en busca de su sombrero, o de alguna otra cosa. Es horrible contemplar su bochorno. Los espectadores lo notan. Todas las miradas están pendientes ahora de la actitud del viejo, que se tumba tranquilamente, pistola en mano, en el diván, estira las piernas a sus anchas, mirando silencioso a su rival, con un afecto y una preocupación con los que no habrá mirado jamás al mejor de sus amigos. Sus ojos dicen: «¿Cómo estás, querido? Ya dirás en qué puedo servirte. Dime, ¿qué podemos ofrecerte que sea de tu agrado?». Madame ofrece a Charles la taza de té frío que él ha pedido. Los observa fijamente a los dos: al viejo, por lo que pueda hacer; y al joven, por lo que pueda necesitar. El anciano apunta entonces a la cara de quien bebe, y aprieta el gatillo: un disparo, una humareda, un grito (o acaso mejor sin el grito). Charles se desploma, dejando caer al suelo la taza de té, que tintinea. Está muerto. El viejo aparta el arma con cautela, como si quisiera evitar cualquier ruido por pequeño que fuera, se levanta y se sitúa frente a su esposa, que está pálida. El muerto no dice ni pío, como los muertos. Suenan dulcemente uno o dos violines. Pausa: una larga mirada con los ojos bien abiertos, atónito.

Monsieur se quita la peluca blanca. Aparecen unos ligeros rizos dorados. Acto seguido se quita de la cara una careta: la cara del hombre viejo. Aparece ahora la saludable cabeza de un mozalbete. Lo tira todo –el puñado de cabellos blancos y la máscara de anciano– al suelo, con impaciencia, aunque no vehementemente, a los pies de la mujer. Es guapo, con el distinguido porte de un señor. La mujer señala al muerto: ambos no pueden por menos de reír. Quieren ponerse a bailar, a bailar con entusiasmo. En ese instante, el muerto se levanta del suelo y se acerca con una sonrisa en los labios. Madame y Monsieur retroceden asustados. Pero el muerto se va triste y lentamente, haciéndoles una profunda reverencia. Igual que un pobre diablo. Mientras ellos, asustados, lo siguen con la mirada, los brazos extendidos como para protegerse de él, cae el telón.

### Algo sobre el ferrocarril

Es gracioso merodear por las estaciones y poder contemplar a tus anchas a los viajeros que llegan y se van. A cuántos pobres y míseros diablos no les gustaría hacerlo, pues se trata de un placer que nada cuesta. Tampoco precisa de formas o reglas; uno está allí, sin más, las manos si cabe en los bolsillos, un cigarrillo o una breva en la boca, sin tener que guardar la compostura y sin que nadie se fije en ti, y disfruta de esta guisa del espectáculo más bello y animado del mundo, porque eso es lo que es una estación. Realmente encantadoras pueden ser las estaciones de los pueblos, con los jardines y arbolados que suele haber junto a estos edificios, aunque en las estaciones de las ciudades que son villa y corte hay más vida, y el movimiento es en ocasiones más hermoso que toda la hermosa tranquilidad del paisaje. Para los desempleados y los gandules de todo tipo que la vida y la actividad industrial, artística y comercial de hoy pone de vez en cuando de patitas en la calle, las estaciones y la contemplación de trenes que parten y llegan son el no va más. El ocioso dispone de mucho tiempo, de ahí que lo contemple

casi todo, recorra arriba y abajo los andenes, con lentitud, midiendo los pasos con una elegancia casi aristocrática, y detenga su mirada en todas partes. ¡Cómo pulula la gente, cómo corre por doquier! En las taquillas son frecuentes las asambleas populares y los motines de rebeldes, como si nos encontráramos en medio de una revolución apasionada. Todo el mundo quiere su billete lo antes posible, pero nadie suele tener preparado el dinero, como dicta la atenta dirección del ferrocarril. El ocioso lo tiene bien, no necesita correr ni teme que el expreso se le escape delante de sus narices. «Estaba a punto de subir cuando, ¡vaya por Dios!, el condenado tren arranca y casi se me lleva el sombrero.» Semejantes cosas dicen los viajeros que tenían intención de subirse al tren, pero no quien sólo busca contemplar alegre y tranquilamente. Pero ¿qué son esas prisas, empujones, codazos y carreras? ¿Qué es este tumulto? ¡Oh! Llega un tren importante; uno se apostea y mira cómo se arrojan unos al cuello de los otros, cómo se reparten besos a diestra y siniestra, cómo se agitan los sombreros, cómo se sonrojan las mujeres, con sus dulces cabezas, cómo se extienden las manos y los brazos para recibir a alguien, cómo se iluminan unos ojos, cómo los criados que esperan a sus señores se cuadran con sólo verlos y, diligentes, seguros, cogen maletitas, paquetes y toda suerte de objetos absurdos.

El ajetreo suele terminar a los dos o tres minutos, y el ocioso toma posición en otra parte. En las estaciones siempre ocurren cosas en el rincón menos sospechado, eso es algo que él sabe; por eso no teme que pueda aburrirse. En absoluto. Entra en el restaurante de tercera, cuarta, sexta o –por su culpa– decimocuarta clase; la gente está desperdigada en bancos, sillas o mesas. Se ha acostumbrado ya al mal olor que predomina en estos locales; no hay nada, pues, capaz de menoscabar o dar al traste con su diversión. El hilo con el que ha hilvanado su curiosidad y el espectáculo resiste intacto, y ahora beberá acaso una cerveza y conversará con un aprendiz de artesano que se ha sentado sobre su maleta, como si temiera que pudiera llegar alguien y quitarle todas sus pertenencias. De tarde en



tarde, el holgazán se atreve a entrar en las salas de espera de primera y segunda clase para rendir una, si bien corta, de todo punto notoria visita al señorío y la elegancia que se acomoda, aquí, como los condes. A veces lo ahuyenta un funcionario severo, vestido con el uniforme del ferrocarril, pero a él tanto le da, pues su mirada ya se ha detenido en algo interesante. Si va bien vestido, se sienta furtivamente entre la alta nobleza y los empleados del banco, y pide un coñac que se bebe con prudencia y dignidad reflexiva mientras inicia una conversación con la hermosa camarera que lleva el traje regional del Oberland. «Expreso a Milán, salida en cuatro minutos», anuncia un, según todas las apariencias, amable empleado; nuestro hombre se levanta, paga lo que debe y sale con parsimonia para observar cómo el tren parte hacia Milán. ¡Qué tocados tan bonitos, qué trajes! Muchas de las damas que suben al tren llevan velos blancos en el sombrero, y los caballeros las ayudan a subir con más o menos fortuna. El tren se va, algunos pañuelos ondean cual banderas, el gandul viaja con el pensamiento, es decir, se imagina que está sentado en un compartimento vacío y lee la prensa.

Pero basta por ahora de este ocioso observador cuyas experiencias, al fin y al cabo, no pueden ser sino limitadas. De repente, uno se halla de veras sentado en uno de los muchos trenes, es un viajero real y no meramente imaginario, y viaja durante días y noches. El paisaje se desliza por la ventana igual que los decorados móviles en el teatro, como si girara con el escenario. Si la compañía es agradable, se charla; si no, uno refunfuña un poquito y se fuma un puro de esos humeantes y espesos que fastidian a cualquier compañera de viaje sensible. O se tiene un libro y se trata acaso de leer, pero no hay manera hasta que no encuentra la manera de leer. La ventana rectangular muestra siempre imágenes nuevas. Uno ve montañas con viñedos derrumbarse lentamente, sumergirse las casas, los árboles surgir de repente de la tierra. Nubes y campos se suceden de manera amena y significativa. «¿Acaso podría darme fuego de su puro?», lo importunan a uno, pero uno se deja

importunar porque tiene modales y dice «Será un placer», y ofrece con mucho gusto las ascuas que le sobran. Cómo vuela, qué sacudidas da, con qué velocidad se desliza esto. Dejamos ciudades enteras y aldeas a derecha e izquierda, como si de imágenes sin vida se tratara; y sin embargo, allí respiran los hombres, relinchan los caballos, golpea un herrero, mueve sus máquinas una fábrica, brama un toro, llora un niño, se desespera amargamente un hombre, se alegra en secreto una pareja de enamorados, van los niños a la escuela, se cocina al mediodía en los hogares, yace un par de pobres enfermos o se pegan dos en vil pelea. Pero el ferrocarril recorre el camino escrupulosamente dictado y planeado de antemano, y deja que el resto de vida y actividad siga su actividad y su vida. En las impolutas estaciones suben y bajan los pasajeros; los que bajan son recibidos mayoritariamente por madres, padres, hermanos, hijos, hijas o conocidos; los que suben dicen «¡Buenos días!», o «¡Buenas noches!», según haya avanzado la manecilla del reloj. Y seguimos por llanuras, pasamos junto a tupidos bosques de abetos, junto a la linda casita del guardabarrera, rodeada por un jardincito, junto a un leñador, a orillas de un resplandeciente lago. De qué lago se trata, preguntan en el vagón. Sigamos. Son muchos los que no se mueven de su asiento y se abandonan a un pensamiento y a unos recuerdos melancólicos; los hay que ríen y bromean; la mayoría come cosas que ha sacado de envoltorios de papel y de cajitas; y no falta quien lleva la amabilidad que despierta el ferrocarril al extremo de ofrecer al vecino un bocado como si tal cosa. ¡Gracias! Pero aquí no se quiere oír ni la expresión de gratitud. El viaje templea los ánimos. ¡No es maravilloso viajar en ferrocarril en invierno! Nieve en todos los rincones: los tejados, los pueblos, los hombres, los campos y los bosques cubiertos de nieve; en los días de lluvia, humedad, niebla y un paisaje que se oculta tras un velo gris. En la primavera soleada, el verde, el amarillo y las flores blancas en todos los rincones. Los prados están verdes y amarillos, el sol suave reluce por entre el bosque de hayas; arriba, en lo alto del cielo azul, flotan las nubes más

alegres y blancas, y en los jardines y campos es tanta la floración, tanto el murmullo, tanto el esplendor, que uno quisiera bajarse a cada estación y perderse en este calor, este colorido y esta belleza. Y en otoño, después de la temporada alta veraniega, pesada, bochornosa, y de nuevo otra vez en el invierno frío y sereno... No, no pienso cometer la insolencia de meter algo así en el reducido espacio de un artículo periodístico.

Donde hay naturaleza, también hay hoy ferrocarriles. Pronto no quedarán ya macizos montañosos que no se hayan empezado a perforar para disfrute del tráfico y de la civilización. Teleféricos los hay a montones, y está bien que así sea, pues pone manos y espíritus en agradable movimiento. Huelga decir que el viaje de placer o de negocios en tren, como han vuelto a mostrar los últimos accidentes ocurridos, puede resultar muy peligroso. Los puentes pueden derrumbarse, encabritarse de pronto las vías y hacer que vuelque el tren; por el descuido de un solo funcionario dos trenes pueden chocar —¡qué cosa tan horrible!— en medio de un bosque, donde no haya un solo pueblo en las cercanías. O puede que se declare un incendio en un tren en marcha, o que el tren sea asaltado por bandidos, como en la santa Rusia, por ejemplo. Son cosas que, a mi juicio, tienen un cariz serio, pálido, aunque afortunadamente ocurren muy rara vez. La humanidad no puede perder un privilegio por culpa de algunos peligros, y la locomotora de vapor con los correspondientes vagones enganchados constituye un enorme privilegio. A cuántas personas no ha librado ya de sus penas, preocupaciones y quejas el tranquilo viaje en un compartimento vacío, personas que han utilizado el ferrocarril en trayectos largos, acaso nocturnos, para llevar en cierto modo a cabo sus proyectos e ideas más urgentes. Aquí no cuentan las tonterías y mezquindades de la vida cotidiana, orgullosamente triunfante en su poltrona. En los viajes de hoy uno puede descansar. Pero también vivir sin problemas las más tiernas aventuras, más deprisa en los expresos, como todo el mundo habrá experimentado alguna que otra vez. Termino y aguardo ansiosamente el inminente viaje que me espera en ferrocarril.